

# FANTASÍA CUMPLIDA

Alfredo Ramírez Vega



# Capítulo 1

Llegamos a la habitación del hotel.

Habíamos quedado en la puerta a las 9 de la noche.

Cuando nos vimos, no nos dijimos nada, y subimos directamente.

En el ascensor no nos hablamos, casi ni nos miramos.

Los dos sabíamos a lo que íbamos allí, las palabras sobraban.

Al cruzar la puerta, comenzó el juego.

Tú me dijiste: "ahora".

Fue como una respuesta pauloviana inducida en mi mente.

Ya lo habíamos pactado previamente.

Al cruzar esa puerta, el mundo de fuera desaparecería.

No existiría nadie más, sólo tú y yo, y el tiempo se detendría para los dos en este momento.

Era tu deseo entregarte a mí en cuerpo y alma.

Y yo forzaría los límites de tu voluntad hasta quebrarlos, hasta que en verdad y plenamente fueses mía.

Pensaba someterte, y tú deseabas ser sometida, porque de hecho me lo habías pedido tácitamente.

Deseabas poner tu voluntad en mis manos.

Así que cuando comencé a darte órdenes, tu excitación creció enormemente.

"Desnúdate" te dije sin contemplaciones, y tú te desnudaste para mí, rápida y meticulosamente.

Después, a otra orden mía, te tumbaste en la cama, desnuda, boca arriba.

Lo primero que hice fue amarrar tus manos por las muñecas al cabecero

de la cama, una a cada lado.

Después amarré tus piernas por los tobillos, también una en cada extremo, dejándolas bien abiertas.

Y te puse una mordaza en la boca, para que no pudieras emitir ningún sonido.

Los ojos te los dejé libres, porque por ahora me interesaba que pudieras ver.

Cogí una pluma muy grande, de pavo real.

Y con ella fui acariciando todo tu cuerpo, de arriba a abajo, produciéndote un ligero cosquilleo.

Después, comencé a acariciarte con las manos, al principio suavemente.

Por todo el cuerpo, cada centímetro.

Después más fuerte.

Apretando más las palmas de mis manos y mis dedos contra tu piel.

Clavando mis uñas en tu carne.

Pellizcándote por todo lados, hasta dejarte la piel caliente y roja.

Tus ojos rebelaban una mezcla de temor, excitación e incertidumbre.

Pero aceptabas todo esto, porque deseabas aceptarlo.

Era tu deseo que yo cumpliera mis deseos en tu persona y tu cuerpo.

Así que lo siguiente que hice fue coger una pequeña fusta, como las que le usan para montar a caballo.

Tus ojos se abrieron muchísimo, y tu respiración se hizo más rápida, pero no emitiste ni el menor sonido.

Al principio te acaricié con ella.

Pasándola arriba y abajo por tu hermosa anatomía.

Después, sin previo aviso, rápido y cruel, descargué un golpe en la cara interna de uno de tus muslos.

Emitiste a través de la mordaza un ligero gemido.

Y tu piel se perló de sudor.

No obstante, llegó hasta mi nariz el sabor agridulce de tus fluidos, que ya empezaban a emanar.

Así que tuve la certeza de que iba por buen camino.

Seguí acariciándote con la fusta, y fui alternando golpes rápidos y secos por diferentes partes de tu cuerpo.

Tus pechos, la planta de tus pies, tus axilas, tu clítoris.

Una vez que hube terminado con la fusta, cogí una piedra de hielo.

Y lo frote por las zonas donde antes había golpeado.

El contraste de temperaturas te sobresaltó y te gustó muchísimo.

Refrescó tu castigada y recalentada epidermis.

Fui pasando el hielo lentamente por la planta de los pies, por los muslos, por el clítoris, por la barriga, por los pechos, por el cuello.

Luego bajé otra vez a los pechos, y me centré en los pezones.

Siempre me han gustado mucho los pezones duros, erectos, y para eso no hay nada mejor que el frío.

Así que comencé a mover la piedra alrededor de la aureola, por la punta del pezón, moviéndolo haciendo círculos.

Despacio, muy despacio, saboreando cada momento.

Yo estaba disfrutando a tope de esta situación.

Eras mías, por esa noche solamente, eras total y absolutamente mía.

Tú te habías entregado voluntariamente a mí, habías decidido que por esa noche yo fuese tu amo y señor.

No podía disfrutarlo más.

Después, cuando los pezones ya estuvieron bien duros, cogí otros instrumentos que tenía guardados: un par de pinzas, unidas por una

cadena.

Tus ojos volvieron a abrirse mucho, pero en ellos no había temor, ni súplica, sino sólo deseo.

Deseo de seguir siendo mi pequeña y bella marioneta, mi juguete, de dejarte hacer en mis manos.

Así que coloqué una pinza en cada pezón.

Al principio cerraste los ojos, te había dolido, pero no te importó lo más mínimo, pues ya estabas tan excitada, tan irremediablemente cachonda, que ya no diferenciabas las fronteras que separaban el placer del dolor.

Para ti ya eran una misma cosa, única e indivisible.

Y con esas pinzas presionando tus doloridos pezones, te vendé los ojos.

Después te desaté la mordaza.

Al principio tragaste saliva, y te humedeciste los labios.

Te pregunté "¿cómo vas?".

Y me respondiste "sigue".

Yo te dije "pídemelo como es debido si quieres que siga".

A lo que tú me respondiste "por favor, mi señor, siga adelante".

Ahora tenías los ojos vendados, así que no podías ver nada.

Ni moverte.

Sólo escuchar.

De repente notaste que entró más gente en la habitación.

Tus labios se movieron como si fueran a decir algo, pero yo te ordené que guardaras silencio, y tú obedeciste.

Un cuerpo se acomodó entre tus piernas abiertas, no podías ver nada, sólo notar el movimiento a tu alrededor, el subir y bajar de la cama.

Y una lengua comenzó a deslizarse, suave y dulcemente, sobre tu castigado y dolorido clítoris.

Otro cuerpo se posó al lado de tu cabeza, unas manos cogieron tu rostro y te indicaron con sus movimientos que laderas la cabeza.

Todo fue en silencio, sin una sola palabra por parte de nadie.

Esas manos abrieron tus labios, tu mandíbula, y un pene de considerables proporciones se introdujo en tu boca.

Tu hiciste lo único que podías hacer: poner tus labios en posición, mover tu lengua, y chupar esa polla enorme que entraba y salía de tu boca.

Mientras tanto, la otra lengua seguía trabajando incansablemente entre tus piernas, lamiendo y chupando tu clítoris, mientras tu vagina ya estaba a reventar de tanto fluido que no paraba de salir y empapar tus muslos

De repente, te sorprendiste muchísimo cuando notaste que un tercer par de manos te quitaban las pinzas de los pezones de un tirón, sin contemplaciones, lo cual te produjo un profundo dolor y una quemazón.

Pero no pudiste quejarte, porque la polla seguía follándote la boca.

Y más sorpresa tuviste aún cuando unos labios y una lengua comenzaron a besar y a chupar y lamer tus pezones tan doloridos.

La saliva los refrescaba y los aliviaba.

Eso, unido a la lengua que no paraba de darte placer en el coño, y saberte indefensa, sin saber qué pasaba, desnuda ante tanto desconocido que no podías ver, desnuda, atada, como una vulgar ramera, te ponía tan sumamente cachonda que por momentos sentías que tu corazón saldría disparado de tu pecho.

De repente, un cuarto par de manos te quita la venda de los ojos.

Y no crees lo que ves: soy yo el que te la quita, y no estoy participando en nada de lo que está sucediendo en la cama.

Sólo soy un espectador, porque soy tu señor, y así lo he decidido.

No tienes derecho a quejarte, eres mía, y puedo hacer lo que quiera.

Contigo, con tu cuerpo.

Me has entregado tu voluntad.

Así que mueves los ojos a tu alrededor para captar lo que está

sucediendo.

Ves al tipo que tiene su enorme polla en tu boca.

Miras un poco más abajo, y ves al que te está lamiendo y chupando los pezones.

Y abajo del todo, cual no será tu sorpresa cuando ves que esa lengua que tantos orgasmos seguidos acaban de proporcionarte es de una mujer, que está arrodillada entre tus piernas comiéndote el coño con voracidad.

Yo te desato las manos y las piernas.

Y me siento en un sillón que hay al lado de la cama.

La mujer que te estaba comiendo el coño se levanta de la cama, y se sienta en el suelo, a mi lado, a mis pies.

Te ordeno que te hagas a un lado en la cama, para que el tipo que te lamía los pezones se acueste debajo de ti, boca arriba.

Y tú te subes a horcajadas encima de él, introduciendo de un sólo movimiento su polla en tu coño dilatado y empapado.

El otro se pone detrás tuya, y te la clava en el culo de un solo movimiento, sin compasión.

Quizá en otro momento te hubiera molestado que te la metiera así, pero ahora estabas tan sumamente abierta a todas las experiencias que eras como una esponja que lo absorbiese todo sin quejarse absolutamente de nada, más bien al contrario, disfrutando sin límite de cada experiencia, de cada sensación.

Y así, moviéndose los dos al compás, en un baile sensual de rápida cadencia, te hacen un soberbio sándwich mientras yo te veo gozar como una puta, rellena de carne por todos tus agujeros, los ojos en blanco, la boca desencajada, los labios babeantes, el pelo enmarañado, el cuerpo empapado en sudor, gimiendo y jadeando como una perra en celo.

Y al mismo tiempo me estás mirando, y me dices con los ojos que me ofrendas el placer que estás sintiendo, que es sólo para mí, aunque ellos lo sientan en la punta de sus pollas, en el fondo me lo dedicas todo a mí, exclusivamente a mí.

Yo saco mi polla, completamente erecta, y la introduzco en la boca de la mujer que está a mis pies, y que hace un momento te comía el coño.

Ahora ella me hace una mamada a mí mientras dos hombres te follan a ti al unísono, y nuestros ojos no dejan de mirarse en ningún momento.

Tú ya te has corrido incontables veces, y ahora me toca a mí.

La mujer que me la está chupando es una experta, como ya habrás comprobado por ti misma.

Está arrodillada sumisamente a mis pies mientras su boca se desliza con maestría a lo largo de mi pene, haciendo un círculo perfecto de carne alrededor del mismo, envolviéndolo todo, engulléndolo.

Y, entre eso, y que yo estoy excitadísimo de ver tan maravilloso y colosal espectáculo, no tardo mucho en estar a las puertas del orgasmo.

Pero, en vez de dejar que sea ella quien lo complete, me levanto e introduzco mi polla en tu boca.

Ahora estás traspasada por tres pollas a la vez, la imagen no puede ser más sexual, no puedes más, te tiembla todo el cuerpo de tanta excitación, vas a reventar, ya has perdido completamente el control, simplemente te dejas llevar, te dejas arrastrar hasta donde tus sentidos te quieran llevar.

Ya has perdido la cuenta de tantas veces que te has corrido.

Y cuando me voy a correr yo, agarro tus pelos y te ordeno "traga", a lo que tú obedeces con total sumisión, tragándote hasta la última gota de semen que sale de mi pene, saboreándolo en tu garganta, notando como baja a tu estómago, limpiando mi capullo con la punta de la lengua.

Cuando todo ha acabado, los dos hombres y la mujer se visten tan en silencio como entraron, y se van, dejándonos solos.

Y tú y yo entramos a la ducha juntos.

Tenemos mucho sudor y muchos fluidos que limpiarnos el uno al otro.

Esa noche caímos rendidos en la cama, y dormimos como niños, como si no existiera más mundo para nosotros que esa habitación.